

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 9, 2000-2001

Cuando me moría

Noa Peleg

p. 147

Cuando me moría

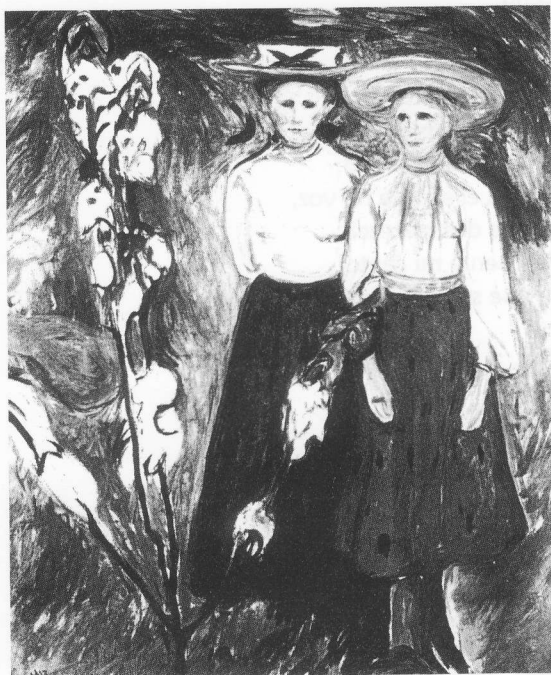
Noa Peleg

L día de mi muerte todo fue como siempre. En la calle se sintió el murmullo de las hojas, como una caricia y un recuerdo de que había llegado la primavera. Todos mis amigos se encontraban en el colegio, y mi familia – cada uno en lo suyo. Mis padres trabajaban, mi hermana jugaba con sus muñecas sobre la alfombra, y mi hermano seguramente estaba en el autobús, regresando del ejército.

El día de mi muerte no se oyeron gritos de dolor en mi barrio, ni tampoco en mi propia casa. El tiempo no se

detuvo y no hubo nadie que venerara mi memoria, salvo yo misma. Nadie llamó para expresar su condolencia, ya que nadie supo de mi muerte. Mis padres regresaron juntos del trabajo, sonriendo. Nada en su expresión cambió cuando me vieron; y mi hermana continuó jugando con sus muñecas.

Aun cuando todo lo indicaba claramente (en mi opinión), ningún agente de policía golpeó a nuestra puerta, y tampoco se escuchó la sirena de una ambulancia. Sólo se oyó a mi hermano, que entró de



repente, tiró su bolso y se acostó sobre la cama, como siempre.

Todos los recuerdos, todo el dolor, toda la alegría: todo se esfumó en un instante. Fue un alivio. Ya no tuve que enfrentarme con la mañana o huir sin tener a dónde. Lo único que me quedaba era guardar aquel momento último, consciente, largo y despierto. Dirán que he muerto muy joven. Después de todo, diecisiete años es una edad demasiado temprana. Pero para mí, es una edad excelente para morir, sobre todo cuando nadie se da

cuenta, y en especial en ese día primaveral.

De pronto me llenó una terrible sensación de vacío, y entonces, el silencio. Esperaba, aun siendo una persona escéptica; esperaba que de mí quedara el espíritu, el alma, alguna evidencia (hasta la más pequeña) de mi ser. ¡Pero en vano! Y quizás es mejor así, sin ningún recuerdo de mi vida, sin congoja alguna en el corazón de quienes me aman. Creo que es mejor así, porque el día en que morí también renací.